

## Clase de ética para el s. XXI

*(texto adaptado de un seminario de Carlos Fernandez Liria)*

En este texto queremos plantear una reflexión sobre los principales problemas de la ética, a la luz de la experiencia del siglo XX y de lo que llevamos del siglo XXI. **La ética** es esta rama de la filosofía que se pregunta por la conducta humana, por lo bueno y lo malo, por la moral, el buen vivir y la felicidad. Todas las personas tenemos incorporada, por el mero hecho de serlo, una noción ética que ponemos en marcha en nuestro día a día, aunque no seamos del todo conscientes de ello. Creemos que este texto, al tomar a la ética como punto de partida, puede ser útil para pensar los problemas más estructurales en los que estamos envueltas. Ahí vamos.

Plantearemos algunas preguntas de partida: ¿hay alguna reflexión moral ineludible de la que la ética tenga que hacerse cargo, tras todo lo que ha pasado durante el siglo XX y el siglo XXI? ¿**Seguimos estando seguros de lo que es el bien y de lo que es el mal** después de haber pasado por dos guerras mundiales, un holocausto, el exterminio del pueblo palestino, o la rampante concentración de poder y riqueza en manos de los nuevos tecno-oligarcas?

Estas preguntas plantean profundos retos para la ética en la actualidad. Pero **hoy se llama ética a cualquier cosa**. Nos la presentan como si fuera algo para elegir a la carta. La reflexión ética ha sido secuestrada por el mundo de los coaching y de la autoayuda. Nos ofrecen fórmulas para la felicidad, concebida como la consecución del éxito basado en el rendimiento, la productividad y el autocontrol emocional. Se habla así de ética de los negocios, de estoicismo, del mindfulness, de la bioética, de ética emocional... Un sinfín de escuelas éticas que vienen a engrasar la maquinaria del turbocapitalismo actual de tal manera que se consiga que los trabajadores den los menores problemas posibles antes de que tengan que ser medicalizados por la psiquiatría.

Sin embargo, nada de esto roza con el verdadero problema con el que se ha topado la reflexión ética contemporánea. No cabe duda de que vivimos envueltos en una desorientación moral muy profunda, de la que podemos tener muchos ejemplos ilustrativos: nos dijeron que la guerra de Irak era para terminar con las armas de destrucción masiva de Sadam Hussein, que nunca aparecieron. Nos dicen ahora que hay que terminar con Irán porque es un peligro para el mundo, dado que pretende obtener la bomba nuclear, pese a la ausencia absoluta de pruebas.

Los protagonistas de estas gigantescas mentiras no muestran señales de arrepentimiento. Y tampoco muestran señales de contrariedad sus votantes, no parecen estar atravesados por ningún tipo de dilema moral. Es como si, para ellos, la ética no entrase en estas cuestiones.

En verdad resulta mucho **más fácil enfrentarse a dilemas morales pequeñitos**: el dudar de si debes dar un dólar de limosna a aquella persona frente a la iglesia, o cuando te preguntas si está bien o no ponerle los cachos a tu mujer o marido. Pero la guerra de Irak, el ataque a Venezuela o el exterminio de los palestinos parecen problemas demasiado grandes para que podamos pensarlos desde un punto de vista ético. Problemas demasiado inabarcables para considerarnos buenos o malos según nos posicionemos respecto a los mismos.

Pero la historia de la filosofía sí ha tratado de dar cuenta de estos problemas. Tomemos por ejemplo las reflexiones de la filósofa alemana Hannah Arendt, cuando trató de hacerse cargo sobre el colapso moral que sufrió la población alemana durante el nazismo. Una población alemana que, de alguna manera, sabía y no sabía lo que estaba ocurriéndole a sus vecinos y compatriotas judíos. Sabían que algo pasaba, pero no querían enterarse, miraban para otro lado. Es lo que la autora alemana llamó **la banalidad del mal**, el primero de los conceptos que queremos colocar en nuestra reflexión. ¿Acaso no sabían que los judíos, comunistas, gitanos, homosexuales, discapacitados y enfermos mentales, estaban siendo dirigidos al exterminio de los campos de concentración? Seis millones de personas exterminadas. Es un número demasiado inabarcable para poder sentirse responsable o comprometido moralmente al respecto. Podemos percibir lo que es ser responsable de un asesinato, pero no es fácil entender lo que es ser cómplice del asesinato de seis millones de personas. Es una cifra demasiado grande para nuestra torpe y limitada imaginación moral.

Arendt nos cuenta una anécdota muy interesante respecto al **juicio de Eichmann en Jerusalén**. Eichmann fue uno de los funcionarios del gobierno nazi encargados de organizar el exterminio de los judíos. Unos testigos en el juicio le acusaron de estrangular a un niño con sus propias manos, a lo que Eichmann reaccionó, en una especie de ataque de histeria, diciendo: “¡yo nunca he matado a nadie!, ¡yo nunca he matado a nadie!”. Puede que no hubiese estrangulado a ningún niño, pero había sobradas pruebas documentales de que había sido uno de los directores del exterminio de millones de personas. Al fin y al cabo, el exterminio de seis millones de personas escapa a cualquier imaginación normal. Así nos lo decía Hannah Arendt: Eichmann era una persona completamente banal y mediocre, que no había hecho otra cosa que **cumplir con las órdenes recibidas**, exterminando judíos como podía haber estado en una cadena de montaje empaquetando tomates o pepinos. Matar a una persona es una abominación, matar a seis millones es pura rutina

Prolonguemos este razonamiento con fines pedagógicos. Los países del Norte Global, después de siglos de colonialismo y agresiones imperiales, se quieren encerrar en sí mismos, conformando una suerte de campo de concentración de lujo. Un campo de concentración residencial, rodeado de alambradas para protegerse del resto el mundo. A este resto, conocido también como Sur Global,

parece que se le está sometiendo a algo así como a una solución final a cucharadas. Un **holocausto rutinario y cotidiano** dosificado por nuestras **leyes y el sistema económico** en el que vivimos.

Así, los miles de personas que perecen tratando de saltar estas alambradas y muros componen una inmensa fosa común. Mientras tanto, aquellos ajenos a este drama global continúan haciéndose ese tipo de preguntas morales: ¿tendremos que dar limosna? ¿está bien ponerle o no los cachos a mi esposa? Son preguntas que sin duda encierran un trasfondo moral, sin duda alguna. No como las leyes injustas, no como el condonarse millones de dólares de deudas al SRI, no como la subida del IVA, no como lo sucedido con los niños de las Malvinas o las decenas de desaparecidos en este país a manos del estado en los últimos dos años. Estas últimas cuestiones son demasiado complejas, nos quedan grandes. Ni siquiera **a la hora de votar** nos podemos sentir interpelados por un problema moral que escapa hasta tal punto a los límites de nuestra imaginación. En definitiva, trataremos de conformarnos con ser morales con el mundo que llega hasta la punta de nuestra **nariz**.

Si nos fijamos bien, en todo esto estamos insistiendo, una vez tras otra, en **una inquietante desproporción**. Una desproporción que nos sirve para introducir el segundo concepto central en la reflexión ética que estamos queriendo tejer aquí. No por causalidad, se lo debemos también a otro filósofo alemán, Gunther Anders, quien fue, tampoco por azar, uno de los maridos de la autora a la que hemos citado antes (Hannah Arendt). Anders acuñó el concepto de **desnivel prometeico** para señalar que, en el mundo actual, existe un inquietante desnivel entre la insignificancia de nuestros actos y el colosal tamaño de sus efectos. Es precisamente por esto por lo que el mal se ha convertido en algo rutinario.

Si Hannah Arendt se había preguntado por el colapso moral de la población alemana durante el nazismo, Gunther Anders se ocupa del **colapso moral propio de nuestro tiempo**, de nuestro propio colapso moral. Somos capaces de provocar efectos desmesurados con gestos insignificantes. Con apretar un botón de un teclado, con realizar una operación desde el celular. El grave problema ético al que nos enfrentamos es que en el mundo en que vivimos estamos constantemente apretando que tienen efectos desmesurados y no podemos percibirlo.

Con tan sólo teclear determinadas cifras en un computador podemos provocar en el otro extremo del planeta efectos que escapan a nuestra percepción. Pensemos en todo esto del trading, de comprar y vender acciones, de apostar a que suban o bajen el precio de los futuros de alimentos en la bolsa de Chicago, en el comercio en las bolsas de materias primas o en la compra especulativa de deuda soberana de los países. Pensemos en el trabajo de los ejecutivos de grandes empresas u organismos multilaterales. Es muy difícil que los ejecutivos del Banco Mundial, del FMI o de un

fondo de inversión se representen los efectos que causan sus insignificantes gestos de su trabajo rutinario. Sin embargo, millones de personas ven comprometidas sus vidas mientras otras se limitan a apretar botones en un teclado.

Sobre este desajuste entre las causas y los efectos, Anders responsabiliza directamente a la **técnica**. Estamos preparados técnicamente para producir efectos desmesurados. Pero los que somos marxistas sabemos que la complejidad de este mundo no es una complejidad solamente técnica: es una **complejidad estructural** que tiene que ver con un determinado modo de producción al que llamamos capitalismo. Es una complejidad también económica, social y política.

Parémonos un momento. ¿Qué quiere decir estructural? **La estructura es siempre algo así como una causa ausente**. Produce sus efectos mejor cuanto más ausente está. Del mismo modo que la gramática del lenguaje produce mejor sus efectos cuando no tenemos que pensar en ella. Por definición, nadie piensa en las estructuras. Nadie piensa que existe una causalidad estructural, una causalidad ausente. Es lo que no nos permite ser conscientes de los efectos indirectos de nuestra acción directa.

Pongamos un ejemplo para ilustrar todo esto: en un periódico internacional en español de gran tirada, se publicó hace pocos años un gran reportaje denominado “La fiebre del Coltán”. No se trataba de un panfleto, sino de un reportaje muy bien documentado sobre la guerra del Congo, con un subtítulo que decía:

La fiebre del coltán. Un mineral estratégico poco conocido, la columbita-tantalita (coltán), es esencial para las nuevas tecnologías. Los misiles balísticos, las armas ‘inteligentes’ o los celulares dependen de él. El 80% de las reservas mundiales se encuentran en África, más exactamente en una zona de la República Democrática del Congo, ocupada por los ejércitos de Ruanda y Uganda. Según Naciones Unidas, el tráfico ilegal de coltán es una de las principales razones de una guerra que, desde 1997, se ha cobrado la vida de al menos un millón de personas. En las minas de coltán de la república democrática del congo trabajaban niños esclavos, los ejércitos de Ruanda y Uganda se disputan el tráfico de este mineral, sumiendo al país en una guerra civil en la que nadie quiere pensar.

Años después, este mismo periódico habló de que los muertos de la guerra del Congo habían superado los 4 millones. El reportaje nos coloca una cuestión difícil: no es trivial preguntarnos hasta qué punto tenemos las manos manchadas de sangre cuando hablamos con el celular.

Pero no nos agobemos, vayamos por partes. En primer lugar, de lo que no cabe duda es de que estamos metidos hasta las cejas en el entramado estructural que ha provocado estas guerras del coltán. Sin embargo, debemos también tener en cuenta que llamar por el celular sigue siendo eso,

llamar por el celular. Y que el celular en sí es un invento magnífico que no tiene la culpa de nada. Si cuando llamo por celular a mi madre para ver qué tal está resulta que tengo no sé qué oscura relación con no sé qué guerra en el continente africano en la que mueren millones de personas, no será mi responsabilidad. Por otra parte, tampoco valdría de nada dejar de llamar a mi madre. No podemos evitar que nuestras acciones más insignificantes estén engranadas en una complejísima maquinaria estructural que provoca efectos absolutamente imprevisibles. Aunque, desde luego, esto es un reto bien profundo para la reflexión ética contemporánea. Es el desnivel prometeico del que nos hablaba Anders: nunca podemos estar seguros, en un mundo así, de lo que estamos haciendo cuando hacemos lo que hacemos. Si no podemos saber siquiera lo que estamos haciendo cuando hacemos lo que hacemos, **¿cómo vamos a poder distinguir lo que está bien de lo que está mal?**

Repasar la lista de los diez mandamientos no nos va aclarar nada a este respecto. Todo el mundo llama por el celular, y todo el mundo revienta en el Congo, sin que nadie haya incumplido los diez mandamientos. Y quizás este sí que sea un verdadero problema grave al que tiene que enfrentarse la reflexión ética contemporánea.

Vamos a colocar la cuestión de manera más clara: en un mundo como el nuestro podríamos decir incluso que la determinación de no violar los diez mandamientos puede convertirse en una receta envenenada. La propia moralidad se convierte en algo así como la gran coartada para que un mundo criminal siga su curso. Mientras intento ser bueno llamando por celular a mi madre, en una guerra del Congo, muy lejos de aquí, la gente revienta en un baño de sangre. Pero nadie tiene la culpa de ello, nadie es responsable.

Vivimos, como dijo Eduardo Galeano, en un mundo al revés, en un mundo que está patas arriba. Cosas que podrían ser muy buenas para los seres humanos resultan ser callejones económicos sin salida. Y los mayores problemas para los seres humanos resultan ser muy buenas cosas para la salud de la economía. Los desastres humanos, como las guerras, resultan muy buenos escenarios para hacer negocios. Vivimos en un mundo en el que el capitalismo no funciona bien sino bajo **condiciones de desastre social**. ¿Qué mierda de mundo, verdad? Pero qué le vamos a hacer, nadie tiene la culpa de que la economía se haya vuelto una cosa tan complicada e inexplicable. Y nunca debemos olvidarnos de que dependemos a vida o muerte de la salud de nuestra economía, porque si la economía va mal, nos va mal a todos. Así defendemos a vida o muerte la salud de nuestra economía, y con la conciencia bien tranquila, sin que nadie viole por el camino ningún mandamiento.

En un mundo como este, no hay manera de saber qué está mal o que está bien. Sin embargo, hay algo que sí sabemos que es malo: **el hecho mismo de que exista un mundo semejante**. De lo único que podemos estar seguros es de que es intolerable la existencia de un mundo en el que llamar por el celular a tu madre te convierte en cómplice de no sé qué matanza en el centro de África.

Algunos pensadores han defendido la idea de que, si no podemos conocer o imaginarnos cabalmente las consecuencias de nuestras acciones, lo mejor es abstenerse de realizarlas. Es una suerte de defensa de una retirada del mundo. Puede sonar interesante, pero por otra parte seguramente tampoco de buen resultado. Las guerras del coltán no van a parar si me abstengo de llamar a mi madre con el celular, lo único que conseguiré es hacerla enfadar. Otra cosa sería luchar por crear un mundo en el que los celulares pudieran funcionar sin provocar guerras de Coltán en el Congo. Pero esto parecen ya problemas políticos más que morales, y ahí está el quid de la cuestión: hasta qué punto de **la complejidad del mundo actual no ha infestado de política a la conciencia moral** de forma inevitable.

En este punto de nuestra reflexión sobre los problemas éticos de nuestro mundo, podemos introducir nuestro tercer y último concepto: el del **pecado estructural**. Quizás éste sea el concepto ético más interesante que se puso sobre la mesa de la reflexión ética del s.XX. Fue forjado desde América Latina, por cristianos de base, curas, monjas, en el seno de la iglesia de los pobres, en el movimiento que se llamó la **teología de la liberación**. Todas estas personas se jugaron la vida contra las dictaduras en Chile, Brasil, Argentina, Colombia, Bolivia, México o Guatemala. Sus reflexiones alrededor de los dilemas que estamos plateando aquí tuvieron resonancia en el mundo entero.

Podemos entender también a esto del pecado estructural como responsabilidad estructural. Hay que partir de una constatación fundamental: vivimos en un mundo en que la capacidad de dañar o matar de las personas es insignificante con **la capacidad de matar que tienen las estructuras**. Estas lo hacen de forma mucho más eficaz y masiva. En un mundo así, la pregunta no puede ser: ¿qué hago yo para no violar los diez mandamientos en ese mundo que no llega más que hasta la punta de mi nariz? Porque en un mundo en el que las estructuras violan esos mandamientos de una forma colosal e ininterrumpida, la fórmula personal de no violar los mandamientos puede, como decíamos antes, convertirse en una receta envenenada: respeta los mandamientos, y de paso, respeta las estructuras. El caso es que, **si asumimos que sólo debemos respetar los mandamientos, terminaremos perpetuando las estructuras**. Como decíamos antes: la moral personal se convierte en la gran coartada política para un mundo criminal. Es sin duda un problema muy hondo para la

conciencia. Es sin duda este problema que llevó a tantos cristianos sinceros, convertidos, a montar guerrillas que lucharan contra las estructuras.

Pero también les llevó a otra cosa, igual o más interesante: **a ponerse a estudiar** marxismo, economía. A aprender algo que les permitiese identificar las estructuras, saber en qué consisten y dónde tienen sus puntos débiles. Puesto que vivimos en una sociedad capitalista lo primero será saber en qué consiste esto del capitalismo, qué es eso que hace capitalista a la sociedad capitalista. Cuál es la estructura profunda que genera el capitalismo entre nosotros. Esto, naturalmente, llevó a muchos cristianos a ponerse a leer a autores como Marx.

Este estudio les dirigió al concepto de pecado estructural, a la responsabilidad de las estructuras en los efectos que causan. Como sabemos, las estructuras no se ven, no se experimentan directamente, sólo se pueden experimentar en sus efectos. La estructura permanece invisible, por eso se habla de la causalidad estructural o causalidad ausente: es una ausencia que causa efectos. Y como no se pueden experimentar directamente, no hay más remedio que intentar pensarlas, investigarlas científicamente. Así, **el conocimiento crítico** se convierte también en una suerte de mandamiento ético insoslayable: no tenemos derecho a ser ignorantes en un mundo así. Tenemos que aprender en qué consiste este mundo, porque es un mundo criminal y hay que saber por qué. Así es que, ¡todos a estudiar! Es lo que hicieron los sacerdotes de la liberación, pusieron a todos sus feligreses a estudiar marxismo, sin olvidar el evangelio.

Esta apuesta por el estudio no es algo pasivo o contemplativo. No se puede reducir tampoco a una actitud individual, del tipo “como ya he estudiado mucha economía voy a decidir bien en qué banco meto mis ahorros, para que no se usen en actividades que considero inmorales”. La verdadera responsabilidad moral no pasa por este tipo de dilemas personales. El verdadero problema moral consiste en preguntarse: **¿qué responsabilidad tenemos respecto a las estructuras de este mundo?** ¿Qué responsabilidad tenemos respecto a que estas estructuras sigan funcionando y qué podríamos, qué estaría a nuestro alcance hacer para transformarlas? Es obvio que esto pasa por la **acción política organizada**.

Las conclusiones éticas a las que estamos llegando resultan inquietantes. Estamos tentados de decir que vivimos en un mundo tan, tan inmoral que no tiene soluciones morales. **No es a base de ser buenos como lograremos un mundo mejor**, si eso es de lo que se trata. Ya no vale con los diez mandamientos que nos orientan sobre nuestra conducta respecto a dios o al prójimo. Habrá que por lo menos pensar en unos mandamientos para orientar a las estructuras que hacen que este mundo esté regido por un sistema criminal sin necesidad de que haya ningún criminal en persona que

accione los resortes. Este mundo necesita **soluciones que no pueden ser sencillamente morales**. Tienen que ser económicas y políticas. Si alguna responsabilidad moral tenemos con respecto a este mundo es la de que no es posible vivir en un mundo así, con los brazos cruzados. No vale con esforzarte en no pecar tú, cuando estás dejando a las estructuras pecar a sus anchas.

Un mundo en el que llamar por el celular a tu madre tiene que ver con, de manera opaca, lejanas guerras genocidas, es un mundo intolerable. Y es el mundo el que es intolerable, y no nosotros. Pero sí que es intolerable el que aceptemos vivir de brazos cruzados vivir en un mundo intolerable.

El filósofo Sarte también habló de esto de manera muy interesante. Ponemos una cita suya a continuación:

En tanto que se cree en Dios, es plausible hacer el Bien para ser moral. La moralidad se convierte en cierto modo de ser, de estar en el mundo, en un fin metafísico que nos es posible alcanzar.

Y como se trata de ser moral a los ojos de Dios, para alabarle, para ayudarle en su creación, la subordinación del hacer al ser es legítima. Pues, practicando la caridad no servimos más que a los hombres, pero, siendo caritativo, servimos a Dios. Es legítimo ser el más bello, el mejor posible. El egoísmo del Santo está justificado.

Pero que muera Dios, y el Santo no será más que un egoísta: ¿a qué sirve que tenga el alma bella, que sea bello, sino a sí mismo? A partir de este momento, la máxima “actúa moralmente para ser moral” está envenenada. Lo mismo que “actúa moralmente por actuar moralmente”.

Es preciso que *la moralidad se supere hacia un objetivo que no sea ella misma*. Dar de beber al sediento no por dar de beber, ni para ser bueno, sino *para suprimir la sed*. La moralidad debe ser *elección del mundo*, no de sí.

La **moral** no debe ser una apuesta por ser buenos, nos dice Sarte, sino por la **apuesta por un mundo bueno**. Hoy en día, preservar la pureza, guardar el alma bella, no cometer nunca ningún acto individual cuestionable, deja de ser tan admirable, puede interpretarse incluso como egoísta. Más admirable sería mancharse un poco las manos para intentar conseguir que este mundo sea bueno, o un poco menos malo. Mejor eso que mirarse todo el tiempo el ombligo.

El problema es que en un mundo tan complejo como este la receta para conseguir un mundo bueno no nos la proporcionan los diez mandamientos. **Se trata de encontrar los resortes** que nos están haciendo jugar a esta suerte de juego del monopolio en donde todo se compra y se vende. ¿Dónde está el resorte que nos ha convertido en un inmenso mercado global?